

A pesar de todo, la civilización marcha por el mundo con marcial continente y a sonoro trote. El pensamiento se interroga a sí mismo si no sería racional detener la bestia y reducirla a polvo ya que la cultura y la civilización actuales parecen inadaptables a la Justicia y a la Belleza.

••

Canto de las Hachas

Ham!... ham!...

Bienvenido el ardiente beso del sol! El pone brillantes estremecimientos en nuestras frentes para lumbre de nuestro oscuro destino. Sol amoroso, sol ardiente, grande como el pensamiento, poderoso como la voluntad, que nunca vuestro benéfico beso renuncie a nuestras frentes... Somos las Hachas vibrantes...

••

Regimos los destinos de la selva, árbitros somos en la espesura, nada resiste a nuestro avance y ante nuestras determinaciones tiembla silenciosa la montaña. Hicimos alianza, eterna alianza con los brazos robustos, y el sol selló el voto poniendo brillos

Mayores ventajas reportaría a la Humanidad la fuerza eléctrica aplicada como factor en una empresa de reparación social, mucho mayores que sirviendo de simple agregado a la civilización en la iluminación de ciudades o en la movilización de carros, en cuyo caso la aparición de la armonía no se haría esperar anunciada por una voz poderosa, por una sola, única, el trueno.

en nuestras frentes y palideces en la de la muchedumbre... Ham!... ham!...

••

Encina milenaria!, ceiba poderosa!, cedro titánico y sombrío!, oh! amos del bosque erigidos como instituciones, no os envanezcáis mucho: *ham! ham!* es grito de victoria y marca el paso triunfal de la voluntad en marcha, implacable y heroica!

••

Hacheros garridos, brazos viriles y recios, eterna es nuestra alianza, la Humanidad nos reclama! Que vibren al unísono, bajo el sol, la voluntad y el acero al pie de las instituciones!

Ham!... ham!...

Rubén Coto

Cirugía política

Prólogo

Enrique Pérez, hijo de una nobilísima patria, Colombia, que ha tenido que sufrir últimamente los zarpazos de la desatentada codicia de los poderosos de la tierra, es uno de esos hispanoamericanos que lejos de verlo todo en rosa y oro en la llamada joven América, lo ve acaso, me parece, en excesivo negro.

Casi todos los hispanoamericanos que conozco y trato, lo mismo que los españoles, pecan por uno u otro extremo o se pasan de optimistas o de pesimistas. O lo ven todo con los rosados colores del alba de un día muy largo y muy espléndido o con las tintas sombrías del ocaso que anuncia una noche triste y tal vez inacabable. En los unos

parece obrar la singular petulancia que en sus hijos infunden esos países de rápido enriquecimiento, y en los otros esta tristeza que se apodera de los que ven a su patria acechada por aquellos pueblos que buscan empleo a su capital sobrante y saben que una tierra no es de los que la trabajan, sino de los que aportan el capital para que trabajen éstos.

Y Enrique Pérez que propende más que a otra cosa al pesimismo, por lo menos en cuanto al estado presente de la América Hispánica se refiere, se ampara de preferencia, al desarrollar sus puntos de vista, en nuestro gran Jeremías español, profeta de grandes desventuras, en Joaquín Costa.

Conocí y traté a Costa y hasta colaboré en dos de sus empresas, en la información que